

Isla Verde, 19 agosto de 1984

Querido amigo:

No sé si Vds. están ya de regreso, pero aquí va de todos modos, el resumen de mi Libro de convocaciones I que le anunciaba en mi carta anterior. No se preocupe de darme el nombre de aquel filósofo catalán que le pedí: me vino súbitamente a la memoria – Ramón Turró – y ya tengo en mis manos su libro a fin de escribir uno de los párrafos de mis prolegómenos, el que titularé “Del hombre”, procurando mostrar que ella es la experiencia paradigmática.

Encargué ejemplares de la Ética aplicada suya y de Priscilla para mi curso de “Derecho y cambio social” hace meses, pero aún no llegan. ¡Mucho tendríamos que hablar sobre el imperativo categórico!

He pasado este último tiempo momentos difíciles. Terminé muy fatigado un curso de verano y quedé afónico, con la aprensión de que la voz no me volvería y no podría seguir enseñando. Felizmente no fue así: hace pocos días comenzó el semestre regular y en mi primera clase mi voz sonaba fuerte y potente. Agregue Vd. a esto que ha habido un “cambio de marcha” en mi vida afectiva, con los consiguientes tensiones y exaltaciones. Debido a todo esto, su nueva versión de El ser y la muerte no había sido tocada hasta hace cinco días: ocupaba un lugar que podía llamarse “decorativo” o “decoroso”, como prefiera, mostrando hacia mi cuarto su portada con su retrato. Acaso presumiera yo que el libro había sido algo reducido en su alcance primigenio, por su deseo de acomodarlo a lo escrito por Vd. en De la materia a la razón. Pero me dije un día que, ya que Vd. lo había reescrito, debía yo releerlo, tanto más cuanto que en el ejemplar que me dedicó escribe Vd. que yo soy una de las pocas personas para quien lo escribió y reescribió. Fue ante todo muy grato verlo regresar a la casa integracionista, de la que yo había sido, y espero seguir siendo huésped, pero que no reconocí del todo en De la materia a la razón, y comprobar también no sólo su finura de análisis (a más de la portentosa erudición), y la detallada, delicada exposición del continuo entre la mera cesación y el morir humano, y de cada uno de sus grados, sino además ver que no ha abandonado Vd. a la persona y su problemática propia, como yo me temía, a base tal vez de una lectura demasiado presurosa de Materia / razón. Me agrada mucho el uso de la palabra “persona”, pues, al revés de lo que ocurre con “espíritu” y “alma”, no remite a algo ajeno al cuerpo. Por el contrario “persona” tiene una fuerte connotación corporal como cuando se dice de una mujer “sa petite persone” o “su atrayente personita, etc. Aunque no he podido hacer aún una comparación cabal de ambas versiones del libro con el mismo título observé, sí, la diferencia del término: en el primero, de 1962, con la cita en que descartes declara la confusión en que la duda lo ha sumido; en el último, con el aristotélico “hagamos de nuestra discusión un comienzo”.

Mucho me halagó – o me volvió a halagar - las referencias tan elogiosas que hace Vd. a mi libro-tesis y el que me pusiera junto a Epicuro y Spinoza entre los tres “filósofos” que menciona en ese párrafo y, por fin, el que su última cita lo sea de ese libro mío, ya ve Vd. lo vanidoso que soy. En verdad, no había llegado a pensar que yo estuviera siquiera mencionado en esta nueva edición.

Pues, sí, hagamos de nuestra discusión un comienzo.

No tengo inconveniente alguno en aceptar el juicio que declara que “el hombre es un animal”.

Sólo pediría que se agregara, parafraseando la paradoja pascaliana, que, a diferencia de los demás animales, el hombre sabe que es un animal. Entre otras palabras, yo acentuaría algo más de lo que Vd. lo hace la inflexión entre lo orgánico en general y el hombre.

De un modo más general no tengo inconveniente en aceptar como “conjetura posible” que de la materia emerge lo orgánico y de lo orgánico, lo humano y, por en de la razón. Solo que yo destacaría, en mayor grado de lo que Vd. lo hace, a mi parecer, que esta emergencia se conoce desde la razón. Sólo en la p. 124 dice Vd.: “Mi conocimiento de la piedra” (para afirmar que depende del conocimiento de sus estados). En cambio, en la p. 23, escribe Vd.: “¿Qué significa decir que una realidad inorgánica ha dejado de existir o ha “cesado”? Por lo pronto que no hay “algo” que había. He aquí una piedra: se ha hecho polvo y ha dejado de existir como piedra”. Pregunto: ¿cómo se sabe de este “cesar”? Tiendo a responder: ello se sabe porque se tuvo la experiencia de una piedra y ahora se tiene la de un polvo en vez de ella. Queda por despejar quién es este se. Pero lo que ahora quiero decir es sólo que cualquier cesar lo es en función de algo que, puesto que lo comprueba, no ha cesado o no ha cesado aún. En fin, todo esto apunta a que, según mi parecer, debido a su fuerte inclinación hacia el “realismo”, Vd. separa en exceso, para mis preferencias, el problema antológico del problema epistemológico de que es portado el “idealismo”. Tal vez sería importante desarrollar un integracionismo en que estos términos aparecerían como polos. “La fidelidad a la experiencia nos lleva a la vez al pluralismo y al [...il-legible], escribe Vd. (p. 55), Sin embargo, no define Vd. ni analiza qué es esa “experiencia” por la que se determinan sus opciones.

Creo que en la distinción que hace Zubiri y que Vd. cita (pp. 110-111) entre “vivir”, y “hacer la propia vida”, el sustantivo “vida” mienta la totalización final de lo que designa el infinitivo “vivir” (la sustantivación de este infinitivo – “el vivir” – sólo designa el proceso de vivir, no su totalización). Por esto sólo en el morir (humano) el vivir se torna en una vida.

Ésta es, de otra parte la lectura que Vd. ofrece de Rilke: “la muerte (yo diría “el morir”) no se limita a terminar la vida del individuo; la realiza; más todavía, la revela” (p. 165). En verdad, pienso que no es “la muerte” lo que realiza y revela la vida humana, sino el morir, que en el caso del animal reflexivo que es el hombre resulta ser un morir-se (Me parece extraordinario que en castellano este verbo pueda ser reflexivo).

Escribe Vd., aunque con algunas reservas, que “el morir es en parte interno y en parte externo” al ser humano (p. 136). Yo propondría esto: llamemos aquello que es externo al vivir humano “la muerte” y aquello que le es interno “el morir”. Según sus palabras, la muerte designará, pues, “aquel momento en que ya no existimos” (p. 134) o vivimos. En cambio, y aceptado este cambio de vocabulario, yo diría como Vd. que el morir (no la muerte) “pertenece esencialmente a la vida” (p. 135) o que forma parte del vivir, que “le otorga su realidad en cuanto sentido” (p. 137) y “su forma” (p. 138).

Esta distinción entre la muerte y el morir (-se) se encuentra en el texto de Epicuro que Vd. cita. Se limita Vd. a exponer de él la mutua exclusión del vivir para nosotros y la muerte [...il-legible] (argumenta que Epicuro toma del sofista Pródico, si mal no recuerdo); pero pocas líneas más abajo, habla Epicuro de un “bien morir” - [...il-legible] -; y si “morir” fuese para él sinónimo de “muerte” (según una equiparación que Vd. hace desde la p. 9 a lo largo de todo el libro), no se comprendería cómo se puede hacer bien o mal algo que nos es del todo ajeno. Sobre esta lectura Epicuro, que (contrariamente a lo que yo creía cuando escribí mi tesis) me convierte en un epicúreo contemporáneo, he escrito dos ensayos. Uno, que titulé “contemporaneidad de Epicuro” incluido en un volumen publicado por la Universidad de P.R. bajo el título La

encrucijada del hombre contemporáneo (No estoy seguro de habérselo enviado: debido a un viaje a Ginebra no pude corregir las pruebas y las palabras en griego salieron mal, por lo que se me creó el temor de que el lector me atribuyera a mi faltas que eran del editor); el otro, que sí le envié en, versión dactilografilar, fue una ponencia que leí en Atenas y que, a la postre, titulé: “Epicureo: la [...il-legible] de morir”. Si no lo tiene, puedo enviarle una fotocopia. Me parece que esta lectura es la única que absuelve a Epicuro del reproche de contradecirse y que, a la vez, ofrece una comprensión coherente de todo lo pensado por este gran filósofo.

Para saber en lo que estoy ahora deberá Vd. esperar un poco que avance en mis Prolegómenos de que le hablé en mi carta anterior. Me sería muy grato someter este escrito mío a su crítica - que espero severa - a medida que vaya terminando cada una de sus tres partes. La objeción que Vd. me hace casi al término de su libro de que mi posición - y la de otros - “tienden a fundirse en la noción de conciencia y de autoconciencia, y en este sentido ofrecen las dificultades que hemos destacado antes (¿dónde? ¿en la p. 196?) en tal tipo de ontología” (p.207). no resulta ya válida, como lo era respecto de mi libro-tesis, si se adopta el enfoque que ahora propongo de un empirismo trascendental (esto es de una experiencia que es condición de posibilidad de todas las experiencias - o que ofrece la estructura de todas ellas).

No sé bien por qué destaca Vd., entre las “pruebas” del Felón, la tercera (p. 193) como si se pudiera elegir entre ellas. Yo leo este diálogo de otra manera. Los tres primeros argumentos tienen algo en común: es que, por diferentes vías, tienden a acreditar que el alma es independiente del cuerpo, por lo que pueden condensarse en este silogismo: “Todo lo que es mí es independiente del cuerpo le sobrevive; el alma es en mí independiente del cuerpo; luego, el alma sobrevive a (o no muere con) el cuerpo”. [...il-legible] ataca la premisa menos del silogismo: el alma bien podría no ser independiente del cuerpo, como no lo es la armonía respecto de la lira que la produce ya me da Sócrates algunas débiles respuestas. [...il-legible], en cambio, ataca la mayor, pues, a través del ejemplo del tejedor y sus vestidos, afirma que, aunque el alma fuese independiente del cuerpo, ello no prueba que sea inmortal (podría morir, después de él o/y por razones intrínsecas a ella misma). Sócrates - Platón se ve entonces obligado a proporcionar una prueba en la que se recapitula su posición filosófica, y en la única que en el diálogo resulta triunfante: se funda en la naturaleza misma del alma y en su necesaria relación con la idea vida (y por tanto en su igualmente necesaria aparición a la idea muerte), no ya en su distinción o independencia respecto del cuerpo. Me parece que es éste el argumento que hay que retener:

En la p. 114 escribe Vd. que “los seres orgánicos...” se distinguen de los inorgánicos “por la posibilidad de expresarse”. Pero ¿qué expresan? He venido pensando que lo que expresan o manifiestan - y, por tanto, el criterio mismo de la distinción - es su necesidad de algo ajeno a ellos mismos (aire, agua, nutrientes, un último término, luz, fuente suprema de energía para todo lo viviente); lo orgánico está necesitado, lo inorgánico aparece, frente a ello, autosuficiente.

En fin, le he señalado, aquí y allá, algunos puntos en que no concuerdo con todo con Vd. o en que prolongaría su pensamiento en otra dirección. Ello no implica desconocer, sino acentuar, al contrario, el muy alto valor filosófico - diría “al carácter monumental”, si no sonara algo grandilocuente - de su obra y la muy grande afinidad con mis propios pensamientos e indagaciones que en ella encuentro.

Bueno, van ya 19 páginas. Conviene detenerse. Me agradecería mucho que, esta vez, no suspendiera Vd. la correspondencia filosófica. ¿Por qué no continuar oralmente el diálogo? Sería excelente que, hacia comienzos de noviembre vinieran, como el año

pasado, o pasar unos días conmigo. Prometo aire acondicionado, brisas marinas y ventiladores. Sería una excelente ocasión para hablar largo de los temas que tanto nos atraen y tanto trabajo nos dan.

Afectuosos recuerdos a Priscila. Un fuerte abrazo de

[Signatura]